ERIE IV TEGUCIGALPA, 8 DE JUNIO DE 1895. NÚMERO 40.

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR --- F. TURCIOS.

ADORACION

A LEONOR.

En el fondo de mi alma he levantado un templo á tu cariño: templo de mármol y oro, en donde todas mis creencias van de rodillas á quemar el incienso de su adoraciòn, y en donde tu imagen, blanca y luminosa, ostenta su nimbo de luz inmaculada, solitaria en la noche de mis dudas y sombrías desesperanzas.

¿Quién eres tú, ángel, amiga, hermana, que así me has hecho admirarte por tus virtudes é inteligencia, como adorarte por tu cariño sincero y profundo?

La única alma que me ha comprendido y ha consolado mis tristezas, enjugando mis lágrimas: el único corazón, todo mío, en que han encontrado cariñoso asilo todas mis amargas decepciones y placeres fugitivos.

Sueños sublimes en el bien y en la gloria: pensamientos y aspiraciones elevadas y nobles, esperanzas y fe en el porvenir, todo me lo has inspirado tú. Por eso te amo como ninguna ha sido más fraternal y sinceramente amada: por eso eres tú, amiga, hermana, Leonor mía, mi orgullo, mi religiòn y mi Dios!

F. TURCIOS.

LINEAS

Cantar de la sirena que en las azules ondas
sumerje el blanco seno de mármol virginal;
ensueños celestiales de las cabezas blondas
nimbadas con los rayos de luz primaveral;
rumores de aleteos perdidos en las frondas
bajo el azul radioso del cielo tropical;

Imágenes celestes de cándida hermosura
sublimes concepciones del bardo soñador;
mujeres cuyas formas de diáfana blancura
encienden en las venas la fiebre del amor;
ó niñas delicadas de espiritual ternura
bañadas con el llanto de un fúnebre dolor ...

Las roncas tempestades, las luchas, los amores,
la gloria de los héroes espléndida, inmortal,
la voz de los sombrìos tiranos opresores
que han hecho de la patria sangrienta bacanal:
todo eso se ha expresado con lumbre de colores
en los sonoros versos del soñador triunfal.....

F. TURCIOS.

¡ALELUYA!....

(*Del Libro* ITÁLICAS)

A R. VEREA.

VII.

MAÑANA espléndida de julio!

Un cielo azul sereno como cielo tropical, y cual sombras de las viejas águilas del Lacio, nubes gigantescas agitando sus plumones desgarrados sobre las siete colinas de la ciudad sagrada.

Abajo el Tiber fangoso, y en aquel horizonte diáfano destacándose las líneas de los palacios y de los templos entre las suaves ondulaciones del follage de los árboles besados por la brisa matinal.

Yo había meditado ya á la sombra de los viejos templos paganos, y bajo la cúpula del Panteòn donde aun parecen vagar los dioses del Olimpo llenos de belleza y majestad aleteando en torno al altar de aquel dios hebreo lacerado y moribundo, que los expulsó de allí.

Después de haber meditado à la sombra de las columnas rotas, de los zócalos huérfanos, entre las cornisas caídas de los templos sin techos de la religión vencida, iba á ver el templo formidable de la religión triunfante. Del nido vacío de los dioses de la Grecia, iba al templo majestuoso del dios de la Judea. La poesía, el encanto, el arte, la belleza, quedaban allá susurrando como un panal de abejas entre las rotas columnas y los arcos de aquellos templos sin creyentes. El templo de una religión sin bellezas se alzaba ante mì. El culto de un dios azotado y sangriento, de ídolos macerados y pálidos, de mitos sin poesía, de creaciones sin grandeza, sucedía á los de aquella religión del arte, de la belleza y de la poesía.

La catedral de San Pedro se ofreciò á mi vista, rodeada de su bosque de columnas, coronada por sus estatuas, dominada por la inmensa cúpula.

Grandiosa y teatral dijo Taine.

No es la Iglesia de una religión, sino la iglesia de un culto.

Es más insolente que artística, fruto de vanidad más que de la fe.

Ya en aquel templo no se ven como en que allá abajo se envuelven en la yedra, vestales como palomas místicas vagando torno del altar, los césares victoriosos, águilas indomables, y la sombra del sorpren dente gran sacerdote de Emesso atravesand la nave gigantesca.

Filas de monges sucios, de obscuros men dicantes, de *turistas* alegres, llenan la plaz y las naves, por las cuales atraviesa á vece la augusta figura del Pontífice coronado d pedrerías, única representaciòn majestuos de aquella religión desolada y sin grandeza.

Entré al templo.

Ni artista ni creyente, la inmensa basílic se ofreció á mi alma sin fe como la revelación de un mundo de mármol.

La fe, la eterna ciega, no murmuraba en mi espíritu, y el arte, el vidente luminoso, aleteaba débilmente en mi cerebro.

Templo sin dios, sólo ofrecía á mi vista sus tesoros de arte.

La suprema belleza de un ìdolo ó de un templo está en la fe del que lo mira.

La fe como el amor embellece los objetos. ¡Oh! cómo comparar esta sensación, á aquellas de antes, cuando asido à la mano de mi madre en la humilde capilla de aldea, en la nave silenciosa, llegaba al altar donde un Cristo tosco inclinaba su cabeza agonizante y la madre llorosa alzaba sus ojos al cielo y à su hijo. ¡Cómo me abrazaba á mi madre, qué sagrado terror se apoderaba de mí, qué extraña sensación me apretaba la garganta y hacìa brotar las lágrimas á mis ojos!

¡Oh! que la fe es inocente.

Avancé.

El órgano, el órgano colosal de San Pedro, llenaba el templo con sus notas formidables que semejaban como inmensos sollozos de Titán, rumor de muchedumbres suplicantes, eco de himnos y sonaba bajo las cúpulas y la arcadas como el rumor del Amazonas en la montaña oscura, como el último aliento de una tempestad perdiéndose en el confín de la llanura.

Todas las tristezas de Palestina, los cantos

de Orlando Lasso y los salmos de Marcelo parecían murmurar allí.

Cantaban los obispos inclinados bajo sus capas violáceas como inmensas aves con la cabeza bajo el ala y sorprendidas por la tormenta; salmodiaban los canónigos el canto llano y monótono de la liturgia cristiana, y la iglesia toda parecìa quejarse bajo aquel viento de armonías lúgubres y de plegarias místicas.....

De súbito, voces como las que debieron arrullar el sueño de Isaías; voces claras, sonoras, cuasi extra-humanas, juveniles, límpidas, como el despertar de una selva americana, llenaron el coro de armonías sublimes.

La página cantante del dogma; la fanfarria de la iglesia; la apoteosis de la fe; el coro de los ángeles soñado por los mìsticos, por las vírgenes enclaustradas, por los ascetas cándidos, estallaba en aquel cántico soberbio.

Una de esas voces lo dominaba todo: los ruidos atronadores del órgano, el canto pausado de los chantres, y pasaba como un pájaro gozoso aleteando sobre las cabezas calvas de los obispos inclinados y de los canónigos absortos en sus rezos, murmurándoles como un cántico de vida: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

Al sonido de aquellas voces parecían desprenderse las níveas palomas de los arquitraves y de los altares para ir á volotear en torno á los pilares polícromos, al nimbo de los santos, á la aureola de los mártires, bajo el manto de las vìrgenes, entre las nubes de incienso, sobre la cabeza de los obispos, como un nuevo pentecostés, el inmenso cántico: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

Y aquel viento de armonía iba como á mecer el baldoquín de bronce rodeado de lámparas ardientes sobre sus pies de oro. Ese bronce arrebatado al Panteòn por la mano sacrílega de Barbarini. Pasaba sobre el San Pedro negro, aquel San Pedro de bronce en que convirtieron al bello Giove Capitolino; besaba el mármol, el pórfido y el alabastro de las obras de Bernini y de Cánovas; se deslizaba sobre los mosaicos de los grandes maestros; voloteaba como un canario enjaulado bajo la *dome* de Bramante; gemía entre las capas flotantes de los veinte y cuatro Padres de la Iglesia, que sostienen en la punta de sus dedos la cátedra de San Pedro; pasaba como besando los ángeles y serafines de la *Adoración;* é iba sobre la tumba de los Pontìfices á murmurarles como un himno de esperanza: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

Pensativos parecían inclinarse desde la inmensa cúpula los profetas de luengas inmaculadas barbas, los apóstoles majestuosos; los santos extáticos, todos los frescos de Miguel Angel: clamando: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

Avancé por la nave gigantesca buscando aquel nido de armonìas.

¿Dónde había conseguido el catolicismo ese grupo de vírgenes para cantarlo, de niños para preludiar sus himnos, de ninfas ó de nereidas para arrullar el sueño de sus últimos días, y acompañarlo con melodías divinas á la tumba?

Llegué al pie del coro donde estallaba el canto.

Las voces seguían murmuradoras y vibrantes, cantando como en perdurable apoteosis. Aleluya! Aleluya! Aleluya!

Entonces miré hacia adentro.

¡Lo sublime se tornó en deforme!

Ni ángeles, ni niños, ni mujeres....Eran los mónstruos, los eunucos de la Capilla Sixtina; los niños martirizados, los tristes mutilados del Vaticano los que cantaban!....La poesía huyó de mi cerebro. La indignación profunda, la tristeza infinita se apoderaron de mi ánimo. Negros me parecieron los màrmoles, con un negro sombrío; indignados los profetas, con más indignación que la que estalla en las pàginas de la Biblia; tristes las vírgenes, con una tristeza de inocencia ofendida; absortos los mártires ante aquel suplicio desconocido para ellos, y asombrada aquella *Piedad* de Miguel Angel, con su profético apóstrofe: Il me plait d' etre de pierre.

Sòlo asì se puede ver indiferente aquel crimen.

Volví la espalda y abandoné el templo.

La música seguía, pero ya no llegaba á mis oìdos sino como una queja lastimera, como un *ay!* inmenso, como una protesta dolorosa

de aquellos adolescentes torturados, plañideros y terribles clamando todavía: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

¡Oh, los altares de Molok no eran tan sangrientos. Privar á un niño de la vida es menos cruel que privarlo de su sexo.

La religión que mutila el alma para que la crea, mutila el cuerpo para que la cante. ¡Lógica terrible!

El alma sin libertad y el cuerpo sin virilidad: he ahí su ideal.

El órgano gemía como indignado; la oración tenía gradaciones de protesta; el inmenso himno gregoriano tenía vibraciones de tormenta, y el sonoro grito adolescente murmurando todavía: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

—

Fuera del templo, el sol espléndido, la mañana perfumada y tibia.

La inmensa columnata del Vaticano estrechando su círculo de piedra; el obelisco de Heliopolis traido por Nerón, alzaba su aguja, indiferente á estas nuevas nerodiadas; las fuentes se desataban en espuma; la ciudad envuelta en una gasa de oro y de violeta, y á lo lejos el fondo verde malva de las campiñas romanas, y todavìa sonando en mis oídos el cántico terrible: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

—

Al lado en el Vaticano, el suizo inmóvil en su traje vistoso, y su alabarda al hombro al pie de la escalera de Pilatos. Guarda al Pontífice.

¡Ay, acaso cuando Lutero, el soberbio monje de Erfurt, subía de rodillas esas gradas, y visionario sublime crecía aún oir la voz del dios que le habia hablado desde el cielo abrasado de la selva de Mansfeld; antes de dar el primer golpe á esa sierpe devoradora de niños, debió escuchar ese inmenso alarido que salìa por las puertas del templo, y se perdía en el aire sollozante, murmurando: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

—

Bendito monje que dió el primer azote para separar los anillos de la víbora; que arrancò tantos niños al martirio; tantas almas al dogma, tantas víctimas á esta súcuba infame; que dispersó los creyentes, vació los tem[plos] góticos, é impidiò aún que la humani[dad] acabara por ser un coro de eunucos cantan[do] en la Capilla Sixtina: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

—

¡Oh civilización, avanza presto!

¡Pálido sol de la libertad, remonta el h[ori]zonte!

Espíritu libertador de las almas, apresu[ra] tu marcha para salvar esta humanidad q[ue] sufre la obsesión de los dioses hebreos, q[ue] vegeta en oscuro valle moral entre el Sinaí, el Gólgota, y va escoltada hacia la somb[ra] entre el dios sanguinario de Moisés y el pá[li]do torturado de Judea.

¡Avanza! ¡Avanza. para que mañana el estandarte victorioso flamee sob·e este vie[jo] signo del suplicio, y sea no ya un coro de eunucos, sino la humanidad viril y libre que sobre las ruinas de este templo infam[e] entone el himno triunfal, lanzando á los cuatro vientos del horizonte el glorioso cán[ti]tico: Aleluya! Aleluya! Aleluya!

J. M. VARGAS VILA.

A ORILLAS DEL TORRENTE

—

Del raudal rumoroso en las riberas
mirábamos del sol la última luz
en las copas jugar de las palmeras,
y abajo, en lejanìa.
con los oleajes de la mar bravía
en el confín del horizonte azul.
Pálida cual los nardos que en su fren[te]
ajaba el frenesí de mi pasión,
arrojando el màs bello á la corriente,
—mira, dijo, ya en vano
resistir quiero á tu poder ufano:
el raudal eres tú, yo soy la flor!

Césped de nardos su sepulcro alfombr[ó]
do en mis brazos durmió junto al raudal
y las palmeras que voluble sombra
nos dieron en los días
de juventud y locas alegrìas ...
sombra al sepulcro solitario dan!

JORGE ISAACS.

LAS HADAS

—

Soñé vagar por bosques de palmeras
cuyos blondos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas sierras,
cruzaban resplandores de rubí.

Del terso lago se tiñó de rosa
la superficie límpida y azul,
y à sus orillas garzas y palomas
posábanse en los sauces y bambús.

Muda la tarde ante la noche muda,
las gasas de su manto recogiò:
del indo mar dormida en las espumas
la luna hallóla y á sus pies el sol.

Ven conmigo á vagar bajo las selvas
donde las Hadas templan mi laúd;
ellas me han dicho que conmigo sueñas
que me harán inmortal si me amas tú.

JORGE ISAACS.

FIGARO

—

"¡Oh, primavera! juventud del año.
¡Oh, juventud! primavera de la vida."

—

Después de lavarlo y peinarlo muy bien, lo acostó en la hamaca de seda azul. El lindo perrillo se quejaba suavemente como niño recién nacido; y élla, con amorosa ternura lo mecía quedo, cantando á media voz una de aquellas canciones con que su madre dormía à sus hermanos. Al fin cesó el ruidito tenue y lastimero que semejaba llanto; élla se acercó con cuidado, viò los ojitos cerrados y la fina lana que, al secarse, blanqueaba á trechos, y sonriò con delicia. Luego, acariciándolo con la mirada y con la voz, hasta la noche, dijo; y procurando no hacer ruido con sus pasos se alejó de puntillas, echó la llave y se la guardó en el bolsillo del delantal.

*

Eran las doce de la noche: el baile estaba en su apogeo. Ella, la señorita de la casa, cumplía quince años, y sus padres, que la adoraban, habían querido solemnizarlos con aquella espléndida fiesta. Ninguna gozaba tanto como élla que jamás había visto aquello; le parecìa estar soñando. En aquel momento tenìa los ojos entornados y sonreía vagamente. En qué pensaba? difícil es adivinarlo. De pronto, iluminó su rostro la más pura alegrìa y como si estuviera sola exclamó en alta voz: Ya es hora. Y rápida como su pensamiento abandonó el salón.

Un instante después volvió à entrar, pero no sola. Traía en los brazos à Fígaro, su consentido, el perrito más lindo que élla había visto. De tamaño inverosimil, blanco y fino, parecìa formado de copos de algodòn; en la garganta tenía un collar de terciopelo rojo cerrado con un broche de perlas. Sí, estaba muy lindo Fígaro aquella noche, todos debían pensarlo así. Y para que lo admirasen y mimasen á su gusto, dejó que se deslizara de sus rodillas al suelo. El diminuto animal caminó hasta colocarse en medio de la sala; allí, levantando la cabeza, echó una ojeada en derredor. Damas y caballeros lo contemplaban con alegre curiosidad y lo llamaban con las manos unos y por su nombre las amigas de la casa que ya lo conocían. El paseó su mirada inteligente por aquella brillante concurrencia; la detuvo un momento, cariñosa, sobre la niña que le sonreía conmovida, y luego, como impulsado por intuición maravillosa se lanzó ligero y gracioso á las rodillas de aquel joven pálido que sentía por élla—la predilecta de ambos—ese amor puro y sincero, espiritual y profundo, que sólo se siente una vez en la vida.

La sala entera, que conocía el inocente secreto, estallò en expontáneo, bullicioso aplauso. Todos corrieron á acariciar al precioso animal que, asustado se desprendió de los brazos que nerviosamente lo retenían, yendo á esconderse entre los pliegues del elegante, vaporoso traje. Y mientras que ellas reían con risa franca y genial, y ellos sonriendo maliciosamente cuchicheaban entre sí, los dos jóvenes se miraron asombrados. El, más pálido que de costumbre, parecía preguntarle: ¿qué es ésto? ¿por qué este animal que no me conoce, que nunca me había visto antes de ahora, ha venido á mí distinguién-

dome entre tantos? Y élla, con las mejillas encendidas y los ojos radiantes, encontrando casi natural lo que Fígaro había hecho, le contestaba, sin abrir los labios: es que como él conoce mi corazón, adivinò quién eras.

Han pasado muchos años: él murió, amàndola siempre; y élla que enferma y triste vive todavía, piensa algunas veces en aquella noche, de gratísima recordación, y consagra á élla, á él y á su Fígaro, una lágrima ardiente y dolorosa....

LEONOR.

1895.

LABIOS ROJOS

—

Labios de ardiente sultana,
que por mi culpa perdí,
labios color de rubí,
con frescura de mañana.
Labios de vívida grana,
que ya no me habláis á mí.
Decidme otra vez que sì,
y expresadme lo que siente
vuestra dueña indiferente,
labios color de rubí.

Labios que el ánima adora,
rosas de abril sin abrojos,
labios húmedos y rojos
como el manto de la aurora.
Labios que el cielo colora
con vespertinos sonrojos,
calmad ya vuestros enojos,
y dad á mi alma sumisa,
por piedad una sonrisa,
labios húmedos y rojos.

Labios de púrpura hermosa
con ardor primaveral,
labios de fuego y coral
de perfección voluptuosa:
húmedas hojas de rosa
que perdí para mi mal,
nido de amor virginal,
que yo adoro con exceso,
dadme un beso, sólo un beso,
labios de fuego y coral.

AUGUSTO N. SAMPER.

MIS PRIMEROS VERSOS

I.

Esa extraña locura de los versos ha llenado mi cabeza de pensamien insensatos desde en los primeros años mi adolescencia. No había cumplido diez cuando ya llevaba el bolsillo atestado garrapatos en forma de renglones cortos yo leía y releía á hurtadillas, como c prohibida. Ni yo mismo entendía aque insensateces de muchacho holgazán: me recía que otro que no era yo había escrito que llamaba mis ensayos y que mostraba gullosamente á mis compañeros de escue que sin duda veían en mì un grande hombr admirándome con franqueza y tributándo sus aplausos. A los oídos del maestro lle la noticia de mi *feliz* disposición para la po sía, y héteme aquí que el día menos pen do me encuentro con mi nombramiento disertante para los próximos exámenes. A gría fué aquella que se convirtiò luego tristeza al ver que el tema obligado de trabajo era el descubrimiento de Améric tan bellamente desarrollado por literatos i signes. Sobre mi mesa tenía el lindo poem de Campoamor, leído tantas veces y siempr nuevamente admirado. Qué hacer?.... R nunciar á los versos en aquella ocasiòn.

Pluma en mano trabajé dos largos dí con sus noches, sin descanso: á fuerza de e tudio y perseverancia logré hilvanar un cuantos centenares de frases, con lo que n resultó una prosa no del todo mala para u edad. Fíjese Ud. lector, que á los once añ está uno más para el trompo y el *burrito* que para escribir artículos ó disertaciones!

Dominando mi impaciencia saqué en limp con mi mejor letra y ortografía aquel mo tòn de palabras aglomeradas sin arte, y triu fante, con la segura confianza de mi cercan gloria, me presenté en la escuela.

El maestro examinó mi trabajo con aire d satisfacción, al principio; pero después lo v fruncir el entrecejo y que se pintaba en s rostro un desaliento que concluyó con el e tusiasmo que empezaba á despertarse en m pecho. Inmóvil, conteniendo la respiració

eré su fallo como el criminal ante el juez ha de juzgarlo. Poco duró mi incertidumbre.

—Mal has hecho, me dijo, en querer engañarme. No me cabe duda que tu trabajo no tiene más mérito que el de la buena letra, porque es copiado.

En vano protesté: en vano le juré mil veces que era obra mía.... Allí, en plena escuela delante de todos mis compañeros y admiradores, recibí la primera decepción literaria. Sin embargo aquel ensayo sobre el descubrimiento de América era mío desde el principio hasta el fin, y me había costado muchas horas de trabajo y dos ó tres desvelos....

II.

Después, aquel inolvidable maestro que me quería tanto, fué convenciéndose poco á poco que se había equivocado en su juicio desfavorable y dando vuelo á mis aspiraciones, despertó en mí ese interés constante y ese amor por la bella literatura que tantos fugaces placeres y amargas decepciones ha dado luz á mi existencia. Me excitaba á que escribiera, pero yo, desilusionado con aquel primer fracaso, dediqué mis horas de ócio á la lectura de todo lo que encontraba. En aquellos cuatro años en que olvidé los versos, devoré todos los libros que había en mi pueblo: novelas, poemas, poesías, historia. Oh! yo entonces era apasionado de Pérez Escrich y sus obras me parecían el derroche de un talento prodigioso. Como cambian los tiempos! Ahora no puedo menos de compadecer sinceramente á los que leen autor tan detestable. Pero el de mis raptos de ingenua admiración, mi favorito, era Dumas, con sus reyes y caballeros, con sus mujeres adorables y sus intrigas, en las que revela las dotes superiores, de una imaginación privilegiada. El viejo novelista francés no rodó de su pedestal en el cambio de mis ideas; pero no quedó, ni con mucho, entre los ídolos de mi culto.

Cuando aquella sed de lectura se hubo apagado un poco, escribí unos cuentos disparatados y cursis, que por temor pueril y á pesar de sus instancias no enseñé al maestro. Pobre y desventurado amigo de mi niñez! El primer artículo que debía llevar mi firma en letras de molde fué el que escribí casi llorando en el primer aniversario de tu muerte!

Dos remordimientos vienen de vez en cuando á punzarme el alma: ése de no haber satisfecho el deseo de aquel hombre por mil títulos apreciable, y éste, todavía más doloroso para mi corazón:

Ignoro si á mi padre le gustara mi decidida vocación para las letras. Natural era que en su desinteresado cariño no fuera de su agrado el que perdiera mi tiempo en trabajos que no debían darme sino desengaños; pero es el caso que en su interior no dejaba de sentir ese orgullo especial que se posesiona del corazón de un padre con los primeros ensayos de su hijo. Era el día de su cumpleaños y yo hice unos versos para felicitarlo; pero dudando si eran aquellos *versos ó disparates*, los guardé para otra ocasión. Sin embargo, él supo mi proyecto é hizo que mi hermana me rogara cariñosamente que le ofreciera los versos que había hecho para él. Terco y casi irrespetuoso le contestè que los había roto. El que me instara mucho sólo sirviò para negar que hubiera pensado en tal cosa. Querido padre mío, ¿por qué no corrí entonces á tu cuarto para leerte de rodillas mis pobres versos, aquellos versos que hubieran llenado de placer y orgullo tu alma generosa, conquistándome uno de esos abrazos en que el cariño santo y noble nos acerca á Dios?

III.

Dormía mi musa su sueño inocente, envuelta en blancos encajes de espuma, entre blondas virginales. Que de ensueños vagos sin formas ni color se agitaban en mi mente, revoloteando como gorrioncillos tornasoles, sin encontrar salida!

Una tarde, tarde cuyo recuerdo aún trae á mi alma cantos lejanos de ilusiones ya muertas, sentí un extremecimiento en el fondo de mi ser, como si de improviso se hubiera llenado mi corazón de una ternura infinita que lo ahogaba, acariciándolo con besos impalpables y lágrimas de inmensa felicidad. Mi musa se despertó risueña y gentil, derrochando sus perfumes y sus músicas, cantando como una locuela, á pleno sol.....

¿Quién fué aquella dulce niña que despertó mi alma con una sola mirada y mis ambiciones y esperanzas con una de sus ronrisas? ¿Cuál era el nombre de mi novia primera?...

La quise como se puede querer á los diez y seis años, con la ingenua inocencia del primer cariño. Florecieron mis versos en el jardín de los ensueños y al conjuro de su nombre harmonioso brotaron las estrofas como lirios de luz....Su imagen esbelta se perdió hace mucho tiempo en la noche de mi olvido, y ahora la veo pasar junto á mí sin sentir una conmoción, sin una ternura, sin un recuerdo, cubierta para siempre con el manto glacial de mi indiferencia.....

IV.

Jamás podré olvidar la impresiòn que sentí al ver en un periódico mis primeros versos. El tema escogido era real, doliente y quejoso, rebosante de lágrimas. Era el suicidio de una pálida virgen que enferma de amor buscó una muerte trágica como único consuelo para sus penas.

El supremo dolor de aquella fúnebre desposada llegó hasta mi corazón, conmoviendo todo mi organismo y lanzándome en pleno romantiscismo juvenil. Pobre Nila! Yo alfombré tu sepulcro con mis primeras flores de duelo y mi primer cántico sollozante fué para tí, ¡oh triste niña desilusionada y muerta en la espléndida mañana primaveral!

V.

Yo llevo como el Garcìn de Darío un pájaro azul en el cerebro. Aquí lo siento agitarse desesperado en las noches insomniales y en las grises mañanas de invierno... ¿En qué día brumoso, en qué tarde obscura y sombría romperá su cárcel y tenderá sus alas buscando esas lontananzas lejanas y ese cielo del ideal supremo?

F. TURCIOS.

Junio de 1895.

MATINAL

—

Que pálida estaba la niña en su lecho
durmiendo por siempre con suave candor!
Un lívido Cristo fijado en su pecho,
doliente el semblante de tanto dolor....

Los ojos cerrados, el pelo deshech
los labios marchitos, sin vida y color
y unidas por lazos de cintas, estrecho
las manos cual castas palomas de amo

El viento agitaba la tenue neblina
y allá en el oriente la luz matutina
blanqueaba las nubes de negro crespó
en tanto la virgen, inmóvil y frìa,
perdida en la sombra sutil parecía
de un sueño de poeta la hermosa visiò

F. TURCIO

NOTAS.

Hispano-América.—Nos han lleg
dos números de esta hermosa revista que
dacta en Nueva York Vargas Vila, que
en nuestro concepto el primer escritor p
tico de la América y uno de los más brill
tes literatos del siglo.

Profundos admiradores como somos
egregio colombiano, roproduciremos siem
que haya espacio libre en nuestras column
los artìculos que lleven tan gloriosa firma.

"Letras y Ciencias."—Agradecemos
esta revista de Santo Domingo, (Antilla
la reproducciòn de nuestros versos "Flor
lis," que hemos visto en la sección *L
Hondureña.*

Canjes.—Por primera vez llegan á nue
tra mesa de trabajo "El Correo de la Tarde
México: "El Liceo Guatemalteco," "La Asa
blea Legislativa," "La Revista Judicial,"
Guatemala "El Unionista," "La Nación
"El Termómetro," de San Salvador.

"El Pensamiento" será cumplido en s
visitas.

José Martí.—Este fin de siglo, tan
cundo en desgraciados acontecimientos,
gistrará entre los más luctuosos la muer
de Martì, el valiente patriota de la revoluci
cubana y uno de los poetas más excelsos
la América.

Cuba ha perdido en él al màs abnega
de sus defensores y la libertad al apóstol si
cero que en los combates de la idea luch
con perseverancia porque en no lejano d
se vea flamear en su patria el glorioso pab
llòn de la estrella solitaria.

TPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA